

EL RINCÓN DE VÍKTOR

EL SIETE DEL SPORT TEAM JEYMA

Domingo, 17 de Febrero de 2008

LA BARCA DE CARONTE.

DÉCIMO CAPÍTULO. ¿QUIÉN PROTEGE LA IGLESIA?

La historia que a continuación les relataré parece más una leyenda urbana que un hecho real. Pero lo cierto es que fue real. Sucedió en un pueblecillo del centro de Italia, en los años setenta. Personalmente, la historia no me produce miedo, solo cierta sensación de inconsciencia. Puesto que parece que el ser humano no llega ni llegará nunca a ser consciente de que la única realidad que percibe no es, ni mucho menos, la única realidad que existe. No quiero con ella (ni siquiera es mi pretensión) causar malestar entre los católicos, entre otras cuestiones porque yo estoy entre ellos. Sin más, les paso a relatar este nuevo episodio que seguro que nos les dejará indiferentes.

La noche ha caído sobre Valladolid. La iglesia de San Martín permanece a oscuras, pues ni tan siquiera las luces que penetran por los pequeños ventanales permiten iluminar su interior. Ricardo y Gema han permanecido varias horas escondidos en la capilla del sepulcro, que es la menos iluminada y, por tanto, la que ofrece mayores condiciones para camuflarse. Ricardo y Gema llevan dos años casados. Su situación económica no es demasiado buena. La hipoteca, el préstamo del coche, los gastos habituales, son demasiadas trabas para llevar una vida con decoro. Además, Ricardo ha sido despedido de su puesto de trabajo. El hotel donde era recepcionista acaba de cerrar. Gema trabaja de peluquera, pero no gana suficiente dinero como para hacer frente a la cantidad excesiva de gastos. Por ello, han maquinado un plan que puede hacer desaparecer sus deudas de un plumazo.

Normalmente las imágenes de santos, vírgenes o cristos están ataviadas con ricos ropajes y con joyas de gran valor. Todo ello, fruto de la devoción popular, de las promesas que la comunidad ha ido realizando y que al parecer, se han cumplido. Pero ése es el objetivo de nuestros protagonistas: las joyas que se encuentran en los dedos, brazos y cuellos de las vírgenes, santos y cristos de San Martín. No saben cuanto dinero supondrán todas aquellas joyas en el mercado negro, pero seguro que el suficiente para salir de los apuros en los que se encuentran.

Son ya las dos de la madrugada y nada parece que vaya a entorpecer la macabra labor de nuestra pareja de ladrones. En el interior de la iglesia todo permanece a oscuras. Ricardo y Gema llevan una potente linterna y una enorme bolsa deportiva donde esperan guardar las joyas. Ambos trabajan conjuntamente. Primero desvalijan a la virgen de los Desamparados, que era la imagen que tenía más joyas. Después a Nuestro Padre Jesús Rescatado. Y así uno a uno, fueron desvalijando a todas y cada una de las imágenes que había en San Martín.

La bolsa estaba llena a rebosar de anillos, medallas, estadales, coronas, esclavas, medallones, pulseras, collares, joyas en definitiva. Todo parecía ir conforme los planes de Ricardo y Gema. Nadie les había oído ni visto en sus fechorías. Eso era lo que ellos pensaban. A las cinco de la madrugada, su labor ya había acabado. Ahora lo importante era salir de allí como fuera. Ricardo pensó en trepar por una especie de escalerilla que había en la capilla del Santísimo y que al exterior daba al tejado de San Martín.

Sin embargo, cuando se disponían a subir la escalerilla, una sombra apenas perceptible comenzó a caminar por el centro del recinto sagrado. Sus pasos se oían de manera notable. Gema y Ricardo quedaron petrificados. ¿Quién podía estar allí dentro, si ellos mismos habían comprobado que no había nadie más que ellos? A Ricardo comenzaron a temblarle las piernas y notó una sensación de malestar cuando percibió aquellos aterradores sonidos de algo que caminaba hacia ellos. Gema estaba llorando debido al terror que le producía escuchar y ver aquello que se dirigía hacia ellos.

Ese algo finalmente los alcanzó. Les agarró con gran fuerza los pies y los tiró de la escalerilla. Al caer, la bolsa se abrió y todas las joyas quedaron esparcidas por el suelo de la iglesia. Luego, Ricardo y Gema lograron incorporarse a duras penas. El terror agarrotaba sus cuerpos, los estremecía. Cuando finalmente se levantaron, el ser los agarró con sus manos: a Ricardo lo agarró con su mano derecha y a Gema con su izquierda. Los llevó como un resorte al altar mayor. Allí, hacia las seis de la mañana, ya entraba luz suficiente para por lo menos poner el interior en situación de penumbra. Era verano y esto favorecía la entrada de luz en horas más tempranas. El personaje que vieron reflejado terminó por desconcertarles.

Hay imágenes procesionales que contemplándolas solamente ya producen un cierto respeto, incluso temor. Parece como si te fueran a hablar, aunque sabes que son de madera, o de mármol, o porcelana, de materiales inertes. Pero algo se te remueve en el inconsciente, y hay quienes incluso han llegado a llorar o a marearse contemplando ciertas imágenes.

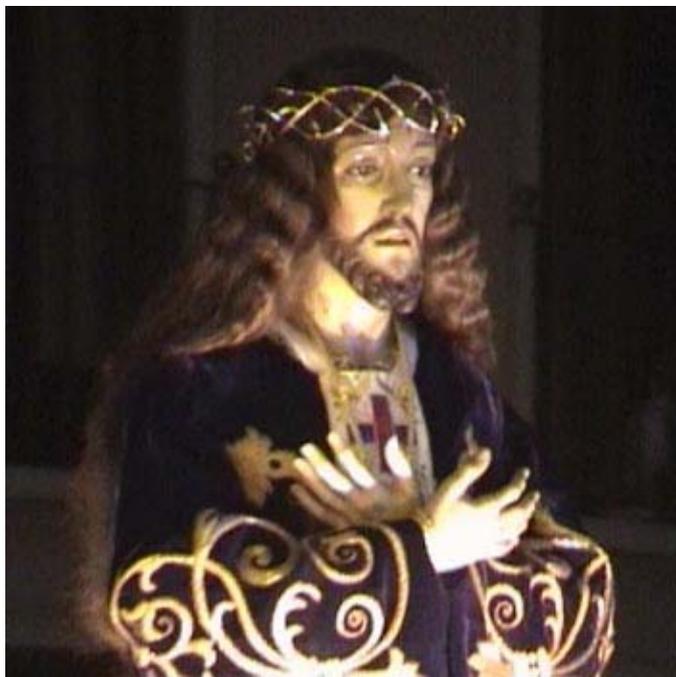
Lo que se reflejaba con los tímidos rayos de luz, muy tenues, que penetraban en el interior directamente sobre el altar, era la imagen imponente de Nuestro Padre Jesús Rescatado. Era la imagen de un Jesús Nazareno que apretaba sus manos sobre las muñecas de Ricardo y Gema, que estaba paralizados completamente. Pero además, aquella imagen les habló: “Hijos míos, ¿por qué habéis venido a maldecir, a profanar un lugar sagrado? A Dios nunca se le roba. La casa de Dios no es sitio para cometer pecado. Vosotros habéis cometido el mayor de los pecados. Habéis traicionado la confianza en vuestros semejantes y en Dios. Y ahora debéis expiar vuestros pecados. Ahora pagaréis como os merecéis. El Reino de mi padre no tiene sitio para vosotros. El príncipe de los infiernos seguro que os acogerá con gratitud. Pero si os arrepentís de corazón y con humildad, si os humilláis, vuestras fechorías os serán perdonadas y contemplaréis con todo su esplendor el rostro mío y el del Padre.”

No dando crédito a lo que estaban viendo, a lo que estaban escuchando, ambos no podían articular palabra. Sabemos del pasaje del párrafo anterior debido a que estas palabras fueron relatadas por Gema años después a un doctor psiquiatra.

A las siete de la mañana, el capellán abrió la iglesia y se encontró con aquella estampa: en el altar, la imagen del cristo Rescatado agarraba por la muñeca a dos individuos, que presentaban un aspecto casi macabro: la tez blanca, los párpados amoratados y sus labios también. Inmediatamente el capellán dio parte a las autoridades y pudieron concluir que quienes estaban sujetos por el Rescatado eran dos ladrones que habían intentado llevarse una gran cantidad de joyas. Cuando

los testimonios de ambos fueron recogidos, nadie les creyó. En su sano juicio nadie podía creer lo que había sucedido. Fueron considerados como locos y fueron posteriormente ingresados en una institución psiquiátrica. Después, como no evolucionaban de su supuesta locura con los diferentes tratamientos fueron ingresados en un manicomio, donde fueron torturados con sesiones de larga duración de electroshock, un auténtico infierno.

Aclaración: en un pueblecillo del centro de la península italiana, allá por 1974 creo recordar, el párroco al abrir la puerta de la iglesia se encontró enfrente, a los pies del altar, a la imagen de un cristo similar a nuestro Jesús Nazareno que había logrado apresar, según las palabras del párroco y de los delincuentes, a dos chavales adolescentes en cuyas mochilas habían metido todas las joyas que tenían las distintas imágenes de la parroquia. Esta es la base del relato que les acabo de contar. Espero que les haya gustado.



Aquella noche, una imagen similar a ésta defendió la iglesia. La imagen cobró vida a ojos de aquellos ladrones, lo que constituye uno de los misterios que más me han impactado personalmente.